

El arte de lo leve

Francisco Pino, un gran poeta castellano que ha escrito cosas muy atinadas sobre Águeda de la Pisa, tiene un título de 1969 que siempre me ha atraído como un imán: *Invisibilidad de Castilla*. Pino en su pinar, rodeado de sus libros, un poeta al que tanto ella como yo hemos tratado, ella más que yo, un poeta de vanguardia, un poeta que supo decir Castilla, un poeta post-guilleniano que llegó al blanco total, y a esos libros tan abstractos que ni siquiera los dedicaba con palabras, sino que trazaba temblorosamente, en lugar de la dedicatoria, figuras geométricas... Unidos por lo demás Águeda de la Pisa y Francisco Pino, por el Premio Castilla y León, él de Literatura, en 1989, ella de las Artes, en 2015.

La capacidad de Águeda de la Pisa para recrear en la memoria sus vivencias del mundo en torno ya me llamaba la atención en 1992, tal como lo reflejé en mi prólogo a su individual en Albatros, galería madrileña de la calle Serrano, ya desaparecida, y que hizo una buena labor. La suya sin embargo, no era en aquella época pintura que pudiera adscribirse a la figuración bajo ninguna de sus formas, sino pintura abstracta. Pero el mundo en torno no dejaba de estar presente en ella: un sentimiento difuso de la llanura, del *declinado estío*, del *resplandor último*, por citar títulos de cuadros suyos de aquel entonces. Pintura a la vez constructiva, y lírica. Pintura-pintura, sin adjetivos. Incluso un figurativo como Juan Manuel Díaz-Caneja (otro inolvidable amigo común, y otro Premio Castilla y León de las Artes) insistía en que él no era un paisajista de esos que plantan su caballete “sur le motif”. En 2005, cuando para la fundación palentina del pintor organicé una muestra sobre Caneja, sobre sus contemporáneos, sus amigos, y sus no ya discípulos, que no los tuvo *sensu stricto*, sino afines, miembros de su *estela*, incluí obra de su paisana. Unida también, ahora, al cabo del tiempo, con él, con su memoria, gracias a esta muestra en su aludida Fundación, para cuyo catálogo escribo estas líneas.

Sin dejar de lado, ¡cómo iba a poder hacerlo!, la práctica de la pintura, estos últimos años Águeda de la Pisa le ha dedicado tiempo, desvelos, a la creación de obras en las que se vale de la técnica de la fotografía digital. Esta muestra palentina se centra en ese tipo de obras. A la postre, pintura, con otros medios.

Repasando publicaciones suyas anteriores, caigo en la cuenta de que ya en 2006, en las páginas finales del catálogo de su individual *De olas y auroras*, celebrada en la Fundación Antonio Pérez, de Cuenca, Águeda de la Pisa había deslizado unas instantáneas, tomadas desde su domicilio de entonces, próximo a Colón, en las que comparecía, a diversas horas del día, el *skyline* madrileño, con sus torres y sus rascacielos de firma (uno de ellos, convertido en espejo, en pura brasa del atardecer), sus iglesias neo, su Pirulí, sus tejados con sus chimeneas y sus antenas, sus azoteas, sus grúas, sus logos bancarios...

Fotografías como aquellas, entonces mero documento, constituyen la digamos “materia prima” de la obra (una vuelta de tuerca más) que integró su muestra *Cielo habitado*, celebrada aquel mismo año 2006 en el Museo del Grabado Español Contemporáneo, de Marbella. De nuevo el *skyline*, las torres y rascacielos, las iglesias neo, el Pirulí, los tejados con sus chimeneas y sus antenas, las azoteas, las grúas, los logos bancarios... todo ello trabajado en clave de fotomontaje y de visión simultaneísta, componiendo una laberíntica galería de espejos, con simetrías especulares, con superposiciones y virados, y sobre todo ello, deslizándose como nubes que pasan, una sutil trama geométrica de líneas horizontales, como si de papel pautado, ¿para escribir qué música?, se tratara. Algunas de las obras que se verán ahora en Palencia, en las que la arquitectura y el cielo de Madrid son de nuevo los grandes protagonistas, son directas herederas de aquellas, constituyendo un nuevo desarrollo de ese ciclo de los *cielos habitados*, parte del cual fue enseñado, además, en 2009, en la galería vallisoletana La Maleta.

Madrid sigue siendo la fuente de inspiración de Águeda de la Pisa, en esta nueva remesa de obras de base fotográfica que presenta en Palencia, en la Caneja. No un Madrid monumental, no un Madrid de construcciones en el aire como las que acabo de intentar describir, sino un Madrid reducido a lo esencial, de instantes como congelados: sosos edificios contemporáneos y administrativos que acorralan un árbol sin ramas designa en el título como *árbol-espía*, automóviles reducidos a pura fantasmagoría, cristaleras convertidas en espacios con algo de piranesianos, lo que se contempla por una ventana, cielos vagamente coloreados por el alba o por el crepúsculo, la sombra pasajera de un *árbol de aire* sobre la pared o sobre el suelo, motivos vegetales interrogados una y otra vez como si se tratara de delicados encajes de colores no menos delicados... Obras que en más de un

caso parecen remitir, aunque su lenguaje sea completamente contemporáneo (incluyendo en más de un caso la fecha en números digitales), a una tradición pictórica tan española como la de los bodegones y floreros.

Hablar, a propósito de lo que ahora va a poder contemplarse en Palencia, de *fotografía abstracta* sería excesivo, en el sentido de que la pintora, en sus últimas obras, nos coloca, insisto, ante fragmentos de la realidad: arquitecturas, automóviles, cielos, plantas, árboles frondosos o por el contrario secos, horas del día, sombras pasajeras... Realidades todas ellas concretas, tangibles, reconocibles. Y sin embargo, pese a esos digamos *pretextos* figurativos, el propósito no deja de ser de búsqueda de la abstracción. Y recordamos entonces los manuales de nuestra juventud, y cómo en ellos los historiadores del arte explicaban de manera muy gráfica que lo que hacían Kandinsky o Mondrian, en sus inicios, era abstraer, a partir de lo real: de un paisaje bucólico, de un árbol, de la torre de una iglesia, del mar y sus olas...

Abro un poco al azar un catálogo ya antiguo de Águeda de la Pisa, el de su primera individual parisiense, celebrada en 1990, en una galería del Boulevard Saint-Germain también desaparecida (¡cuánta elegía!) y que muchísimo hizo por nuestro arte, la de Lina Davidov. Lo prologa Severo Sarduy, buen amigo de las dos. Me fijo en estas palabras: “Lo pasajero, lo efímero, la imagen de un objeto que pasa ingrávido, quemante”... No practicaba entonces la pintora más que el arte de los pinceles, sin cámara alguna de por medio, y sin embargo el autor de *Cobra* o de *Barroco*, gran *connaisseur* del universo del arte de todos los siglos, y tan dotado para traducirlo a palabras (él mismo en sus últimos años cultivó la pintura), curiosamente, unas líneas después, hace alusión al arte de la cámara: “Son, en definitiva, como fotos desdibujadas de un pasado litoral, recuerdos de una estancia insular”, y así sucesivamente.

Lo pasajero, lo ingrávido, lo efímero, ese arte de la cámara ya presente en ese texto sarduyesco, que releído ahora cobra valor de profecía... Lo pasajero, lo ingrávido, lo efímero: más fáciles de traducir a palabra poética, que a cuadros. Los poetas trabajan con esos materiales leves. También la fotografía es arte de lo leve, y por eso se entienden tan bien entre sí poetas y fotógrafos. La ciudad es uno de los temas predilectos de ese arte, desde su nacimiento mismo. París o Nueva York o Venecia o Praga cuentan con

poetas de la cámara, alguno de ellos tan simultaneísta como lo es ella en el ciclo *Cielo habitado* y en lo que ha venido después. Madrid no ha tenido tantos a su servicio como esas urbes, pero tampoco le han faltado, empezando por Juan Laurent y Charles Clifford, los pioneros absolutos, y llegando hasta hoy mismo, pasando por el Alfonso de los nocturnos *forties*, o por Paco Gómez y el resto de los realistas de la generación del cincuenta. A esa familia se incorporó hace unos años la pintora abstracta, entre constructiva y lírica, Águeda de la Pisa, que ahora enseña en su ciudad natal alguna de estas sus últimas visiones o entrevisiones fotográficas madrileñas, en el fondo tan pictóricas (pero de otra manera) como sus lienzos, y tan puras y hermosas como unos versos de Pino o un lienzo de Caneja.

JUAN MANUEL BONET